

# Literatura y producción de sentidos

## *Presentación*

Este número tiene como propósito abordar el tema de la subjetividad desde el espacio literario a partir de una pluralidad de miradas y enfoques teórico-metodológicos. Consideramos que las novelas, cuentos y poemas representan una suerte de dispositivos ficcionales en los que se traman, de manera consistente e insospechada, universos de significación, pero también movilizan deseos, discursos, prácticas, representaciones e imaginarios sociales susceptibles de ser interpretados mediante abordajes interdisciplinarios. Esto no supone que los textos literarios “reflejen” la realidad social, cultural y política de un momento histórico determinado; por el contrario, proponen una forma de “realismo” capaz de “evocar lo real, describir lugares y personas, poner en escena acciones, penetrar en el alma humana” (Jablonka, 2016: 18-19).

Las preguntas que guían este volumen giran en torno a la importancia de la producción literaria en los campos de intersección entre la propuesta de psicología de nuestra universidad, el psicoanálisis, la filosofía y los estudios culturales; pero también se interroga por la emergencia de otros saberes y experiencias vinculadas al discurso literario, como la elucidación de los procesos de sentido y significación, las prácticas de escritura, las vicisitudes del deseo y el proceso creativo, el cuerpo y la sensibilidad, entre otros aspectos. Con la publicación del número 60, buscamos insistir en las viejas preguntas de *por qué la literatura* con la finalidad de poder abrir nuevos caminos de indagación que permitan hacer inteligible los modos en que la ficción, desde sus diferentes registros discursivos, recursos narrativos y polifonías, nos puede acercar a la comprensión de las subjetividades en el mundo contemporáneo.

## Los artilugios del arte, las vicisitudes de lo humano

La literatura es una de las formas de expresión más antiguas. No sólo persigue la manifestación escritural de la belleza y la dimensión estética, sino que permite generar una reflexión más amplia sobre el ser humano. Oscar Wilde llegó a sostener que la literatura produce la realidad y no al revés. En un conocido pasaje, insistió en que “la vida imita al arte más de lo que el arte imita a la vida. La vida es el espejo del arte” (Wilde, 2014: 50). Desde esta perspectiva, la literatura es el resultado de la creatividad humana, pero también es la locución más fecunda de lo humano. Aun cuando la producción literaria tiene la función de producir un efecto estético entre los lectores, también permite recrear el misterio de la existencia y de la muerte.

Así, la literatura es, en principio, una práctica de escritura donde se aloja un saber que devela, recrea y resignifica la experiencia del sujeto que escribe; a través de su ejercicio literario, hace posible pensar y descubrir otras verdades insondables, permite descifrar las incógnitas que se pliegan en la expresividad, alude a las realidades soterradas, pero también ayuda a concebir las maneras de nombrar y experimentar el odio, el amor, la violencia, las vicisitudes de los lazos sociales y de los secretos del alma humana. Al mismo tiempo, la literatura es una poderosa institución que nos constituye, nos modela. Crea nuevas realidades, educa nuestros sentidos; se trata de una maquinaria que instituye nuestro modo de estar en el mundo, con nosotros mismos, con nuestro propio cuerpo, con nuestra intimidad. El discurso literario infunde normas, provee de elementos culturales para los abordajes de lo real. Recrea los lugares más íntimos y desconocidos; dice lo que por momentos no somos capaces de expresar en la intimidad. Por su parte, la poesía se extiende hacia los horizontes de lo inexplorado, ratifica el modo subjuntivo de la existencia, nos ilumina, como lo muestra el cuento de Poe, “La carta robada”, que nos enseña que lo que está ahí, lo obvio, lo que buscamos y no logramos ver a pesar de tenerlo frente a nosotros. En definitiva, la literatura expande nuestros sentidos, exalta las emociones, encubre y

descubre subjetividades, permite apropiarnos de experiencias que se han olvidado, descuidado, perdido.

Pero la literatura no puede concebirse sólo como una herramienta de comunicación para describir una visión de mundo; en realidad, permite habitar otros mundos. El aludido Oscar Wilde lo expresa de la siguiente manera:

Schopenhauer ha analizado el pesimismo que caracteriza al pensamiento moderno, pero fue Hamlet quien lo inventó. El nihilista, ese curioso mártir que carece de fe y sube al cadalso sin entusiasmo para morir por algo en lo que no cree, es un producto puramente literario. Lo inventó Turguéniev y lo completó Dostoievski. Tan cierto es que Robespierre salió de las páginas de Rousseau como que el Palacio del Pueblo surgió de los *debris* de una novela. La literatura se anticipa siempre a la Vida: no la copia, la moldea a su conveniencia. Tal y como lo conocemos, el siglo XIX es en gran parte un invento de Balzac. Nos limitamos a hacer realidad, con notas a pie de página y adiciones innecesarias, el antojo, la fantasía o la visión creadora de un gran novelista (Wilde, 2014: 44-45).

En el campo de la subjetividad, la literatura nos interesa por erigirse como un contradiscurso frente a la hegemonía del lenguaje científico, que encapsula, disuelve y expulsa inevitablemente la dimensión humana. El lenguaje poético es el humanismo irrenunciable, construye horizontes de posibilidad para inventar e inventariar nuevas utopías. La literatura, como expresión escrita y estética, es un medio que permite despertar la sensibilidad hacia la otredad, tal como lo alcanza a hacer una pequeña frase o una palabra de amor. Permite pensar en la singularidad y en la diversidad, al tiempo que despliega diversos derroteros para ver y conocer espacios, culturas heterogéneas, saberes culturales signados por la diferencia. Amplifica los espectros de lo cognoscible; en una palabra, nos humaniza. Oxigena el deseo, nos saca de nuestros fantasmas para insertarnos en el orden de las fantasías, derriba murallas, las de nuestra obtusa y reducida percepción y amplifica las nociones de lo infinito. Pero también

con la experiencia literaria podemos resistir los embates del individualismo, del capitalismo o de la tecnología, de la multitud, de las redes digitales que atrapan la vida y la reducen a la figuración de algoritmos bajo el tenue velo de la pantalla azul. La literatura, insistimos, es un modo de resistencia, sutil y noble, pero eficaz. Vence la inercia de la palabra vacía, que se asfixia en el reflejo de los espejos que muestran imágenes coaguladas, congeladas en discursos huecos pero mal intencionados que buscan mantener el silencio inerme de quien está en todas partes y en ninguna. Al decir de Octavio Paz, la realidad empieza por las palabras y lo que podemos hacer o no con ellas. Con este número, queremos darle un lugar a la dimensión estética del lenguaje, a la potencia creadora que posee la literatura y ponerla a dialogar con los problemas que suscita la subjetividad.

### **Tramas de significación**

El estudio de la subjetividad es complejo. Requiere de múltiples abordajes para explorar desde perspectivas distintas, una realidad que presenta matices diversos, por lo que es necesario armarse de sólidas herramientas teóricas para asirla. Implica convocar una sensibilidad que permita entrever la trama humana cuando nos enfrentamos con la aridez o la abstracción de los conceptos y las teorías que dan cuenta de ella. Muchos pensadores, conscientes de ello, se han apoyado en las producciones artísticas con el fin de robustecer sus teorizaciones. Michel Foucault, por ejemplo, con el fin de abordar cuestiones en torno al discurso, la imaginación o el poder, apuntaló muchas de sus reflexiones en el estudio de textos literarios como también en las imágenes iconográficas de determinada época histórica. A su vez, Sigmund Freud, siguiendo una larga tradición filosófica, estaba convencido de que el artista poseía capacidades excepcionales para captar las entrañas mismas de la experiencia humana, capacidades que los propios hombres de ciencia alcanzaban sólo tras arduos esfuerzos. Por eso, continuamente su vasta obra estuvo marcada por fuentes literarias, poéticas y pictóricas, como también se apoyó en discipli-

nas como la mitología, la historia, la arqueología, confesando haber aprendido mucho más de ellas que de la ciencia misma. Por su parte, Jacques Lacan aseguró que el artista era un adelantado a su tiempo. Este psicoanalista recurrió de manera sistemática al arte, entre otras disciplinas, para exponer sus teorías.

La historia de las ideas podría verse como el resultado del diálogo mantenido entre la filosofía, el arte y la ciencia. Muchos artistas, a su vez, lograron incorporar los conceptos y lenguajes de la ciencia al campo literario, como Thomas Mann o Virginia Wolf, o los diálogos disciplinarios que mantuvo el movimiento surrealista encabezado por André Breton con cierto psicoanálisis francófono, en el que sus artistas utilizaron el método de la abreacción y liberación de lo inconsciente para componer obras literarias y poéticas que bordeaban la locura y la genialidad. Igualmente, el interés por lo irracional y la exploración onírica traspasó el campo del saber académico tocando hondo en la exploración de artistas tales como Salvador Dalí, Leonora Carrington o Remedios Varo. Cabría insistir en que el conocimiento en torno a la subjetividad y los procesos sociales es tan vasto que a veces las reflexiones teóricas provenientes de las ciencias y la academia resultan insuficientes para dar cuenta de la complejidad de los procesos.

A través de la literatura es posible recrear la naturaleza de los deseos, de los fantasmas, del mundo del alma humana. Muchas veces los artistas plasman, con virtudes extraordinarias, sus miedos, sus deseos, las entrañas de su mundo interno. El recurso a la literatura ha sido central para despejar nociones tan importantes como el Edipo, la compulsión a la repetición, la pulsión de muerte, la angustia, la memoria histórica, las relaciones de poder, los determinantes históricos o el mundo inconsciente. Las narrativas de ficción nos permiten aproximarnos a la locura desde dentro, a la subjetividad doliente y la experiencia lesiva, a los horrores de la enfermedad y de la muerte, pero también a los mecanismos de restitución y salvaguarda. La literatura tiene un valor narrativo que excede el estudio de la experiencia humana. Las prácticas literarias permiten comprender los anclajes históricos, sociales, culturales y políticos que les dan forma y

estructura, al tiempo que muestran los intereses, las modalidades de enunciación y recursos narrativos que imprimen sus autores. Si bien los textos literarios son instrumentos pedagógicos atravesados por un conjunto de instituciones, normativas, discursos y subjetividades, estos encierran universos polifónicos y polisémicos, de sentido y significación, que son susceptibles de alumbrar la trama humana y los procesos que implican a la subjetividad.

En este número se reúnen 10 artículos que giran en torno a las producciones de sentido a partir de un conjunto de propuestas literarias, modernas y contemporáneas, escritas por novelistas, poetas y cuentistas, reconocidos y redescubiertos a nivel nacional e internacional. Las rutas de análisis que siguieron sus autores y autoras son múltiples, desde el análisis del discurso y el estudio de las narrativas, los procesos de subjetivación, las representaciones sociales y prácticas de escritura, hasta la cuestión de las agencias de los productores y la función instrumental, entre otros aspectos. Sin embargo, los trabajos mantienen ciertas líneas en común, sobre todo en lo que se refiere a la cuestión de la literatura como un campo de elucidación/emergencia de subjetividades marcadas por el género, el lugar social del productor, la imaginaria geográfica y social, los mecanismos de restitución que posibilita la escritura y la cuestión de la pedagogía literaria.

*Leticia Flores Flores*  
*José Antonio Maya*

## Referencias

- Jablonka, Ivan (2016), *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Wilde, Oscar (2014), *La decadencia de la mentira. Un comentario*. Acantilado, Barcelona.